

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

Publicación decenal con Censura Eclesiástica

FRANQUEO
CONCERTADO

Año IV

«Este precepto os doy: que os ameís los unos á los otros
como Yo os he amado.»

(Jesucristo á sus discípulos)

Núm. 102

DE ANTAÑO

Allá en el año 1646, el Rey D. Felipe IV tuvo necesidad de enviar á Marruecos una embajada extraordinaria para tratar una cuestión política con aquel Soberano Muley Mohamet Xec, que lo era de verdad y con indudable reconocimiento en el Imperio, salvo en algunas kábilas que más que rebeldes al Sultán, han sido siempre no más que salvajes é indómitas

Parecióle al Monarca de España buen Embajador para la misión que confiaba un modesto fraile franciscano, Fray Francisco de la Concepción, de la provincia de San Diego de Andalucía.

Como los frailes llevan de ventaja sobre los demás hombres sus votos de obediencia y toda su indumentaria puesta, apenas recibió la orden púsose inmediatamente en camino de Zaragoza á pié (para cumplir su regla) y de allí, después de recibir las instrucciones precisas, para Sevilla, en donde se le agregaron Fray Antonio de la Cruz, Fray Pedro Alcántara y Fray Martín Luna y por no permitirles la estrechez de la regla que profesaban llevar dinero, se agregó también á la embajada D. Miguel Escudero y Marquina para que por su mano pagasen los gastos del viaje y todos ellos embarcaron en Cádiz en 18 de Junio de 1646 con rumbo al Africa.

Con gran contento y ordenación de festejos fué recibida la Embajada en el Imperio y principalmente en la ciudad de Marruecos, donde en aquella época residía la Corte, en cuyo Palacio el Sultán había dispuesto que se amueblaran algunas habitaciones á la usanza de Europa para alojar en ella á los frailes.

A los tres días fué el Embajador admitido á conferenciar con el Rey moro. En el salón había seis hileras de almohadas de brocados terciopelos y damascos carmesís, en una de las cuales estaba el Xec sentado, vestido de riquísimas telas y teniendo en la mano derecha un alfanje guarnecido de piedras preciosas.

Terminada la conferencia, como el fraile Embajador hubiera notado que durante ella quedarán sentados en sus cojines dos moros ancianos de la Corte, presentó sus quejas al Baxas, manifestándole que eso lo tomaba como descortesía al Rey de España que él representaba y

que no estaba dispuesto á consentir si no se le daba suficiente satisfacción y se le prometía formalmente que no se repetiría el caso.

Muley Mohamet Xec, que como todos los de su raza cambiaba siempre su habitual altanería por el servilismo más humillado cuando tropezaba con una arrogante resistencia, presentó al fraile franciscano las más concluyentes excusas y hasta le envió á su primer Ministro á darle satisfacción y á prometerle que no reincidiría en una falta sólo imputable á su ignorancia de las costumbres de la cortesía europea.

El representante de España supo pronto avenir el orgullo que debía ostentar como Embajador de España con la caridad á que estaba obligado por su sayal de franciscano y aceptó las explicaciones como buenas, olvidando generosamente la falta que se había cometido con su Rey.

Pocos días después volvió el fraile á una audiencia particular con el Sultán y al entrar en el salón vió el Padre «que son palabras de un testigo—estaba sentado junto al Rey el Cadi. Y preguntándole el Rey á nuestro Padre cómo le iba con los calores de su tierra, calló nuestro Padre y díjole el indio viendo que callaba: Responda vuesa Paternidad que le está hablando el Rey. ¡Qué he de responder, dijo nuestro Padre, viendo que no se cumple lo que se ha tratado y ordenado! Delante un representante del Rey de España no consiento yo que haya un moro sentado; ó me he de sentar yo también ó se levanta ese moro ó yo me vuelvo á España á decir á mi Rey y señor que á esta tierra bárbara no puede venir España sino á bordo de sus galeras de guerra.»

Ante semejante arrogancia conque por un detalle de mera cortesía á España se amenazaba nada menos que con una guerra por un pobre fraile franciscano á quien á su vuelta no esperaba más honor ni más gloria que las que supiera lucrarse para su alma en el claustro de un Convento, el Sultán se puso en pié, obligó al Cadi á levantarse y no consintió volver á tomar asiento hasta que también lo hizo el fraile Embajador en su almohadón, á la usanza de la tierra.

Todo eso consta en un relato de un curioso libro editado en Sevilla en 1646, del que con el título de «Epítome del viaje que hizo á Marruecos el P. Fray

Francisco de la Concepción», se conservan algunos ejemplares en la Biblioteca del Sr. Duque de T'Serclaes y en la Provincial de Sevilla.

Al cabo de cerca de 300 años un Sultán del mismo Imperio apenas reconocido por una quinta parte de sus súbditos y cuya soberanía se está casi discutiendo con las armas en la mano dentro de su misma casa, mal engraido por tanto chisme como le sopla al oído la Europa revolucionaria y ambiciosa, olvida todas las leyes de derecho internacional y todas las prácticas de la diplomacia (que ya saben también los reyes moros) y se atreve á poner cortapisas á la gestión de un Embajador extraordinario de España, exigiéndole hasta un vejamen para admitir la libre plática sobre el asunto propio de la Embajada.

Y... el telégrafo hace correr las noticias con la misma velocidad que la luz, y la prensa glosa la ocurrencia y el hecho ha llegado á ganar cartel hasta para las discusiones de tabernas y cafés.

Y el pueblo español no se satisface y no se contentaría hoy con dar su vida con tal de enseñar á Muley Haffid cuánto respeto ha de tributar á España, aunque pese á su barbarie y á la Europa civilizada y aún teniendo una plenitud de soberanía como la que tenía en su tiempo Muley Mohamed Xec.

Y aún en las mismas Cámaras dice un ministro de la Corona que aún no sabe detalles de lo ocurrido, pero que desde luego es cosa sencilla y sin importancia.

¡Qué diferente modo de apreciar las cosas entre un ministro liberal del siglo XX y un pobre franciscano del siglo XVIII!

Aquel fraile, con el atraso de civilización y el oscurantismo clerical de su época, no sabía una palabra de prudencia diplomática y tan sólo porque se quedó sentado un moro en su presencia, como Embajador de España, hizo casi verbalmente al mismo Sultán de Marruecos una declaración de guerra formal, sin reparar en conveniencias, ni en posibilidades, ni en consecuencias, sino solo en el honor de una Patria que nunca ha consentido ultrajes.

Los gobiernos dip'omáticos de ahora y educados sobre la base de la extraordinaria civilización moderna de Europa saben mucho de prudencia y de contemporización y habrán calculado, cuánto más conviene en estos momentos la pru-

dencia que la actitud arrogante y netamente española, según la expectación que sobre Marruecos tienen las potencias europeas.

Si se preguntara á todos los españoles, uno á uno, qué opinaban del asunto de actualidad y estos contestaran con sinceridad, es seguro que aún los mismos que han censurado que en el séquito del Embajador figure un religioso, declararían cuánto más se hubieran holgado de que esta misión la hubiera llevado aquel Fray Francisco de la Concepción, á quien si Muley Haffid se hubiera atrevido á hacer las exigencias que ahora ha hecho, le hubiera contestado con *imprudencia* quizás, con arrogancia, con destemplada energía, pero desde luego más á complacencia de España entera, de esta España que á pesar de cuantos esfuerzos se hacen por narcotizar sus bríos so pretexto de europeización, es todavía la España valiente y hasta indómita, como la llamó el poeta, que sabe hacer frenos para sus caballos *con los cetros extranjeros*.

FULANO DE TAL.



¿Será castigo?

Tenemos noticias de la desgracia que hoy aflige á unos cuantos pueblos del partido de Valencia de Don Juan, en la provincia de León.

Centenares de familias ven asomarse á sus puertas el hambre y la miseria. Un formidable pedrisco ha talado los exuberantes campos, los frutos pendientes, abundantes cosechas en vísperas de recolección.

Triste es ver destruidos los afanes del labrador, desconsolador pensar que todos aquellos sudores y trabajos fueron inútiles; pero es más triste aún cuando esos males se ofrecen á la consideración como castigo de la Providencia.

No basta que el hombre del campo elija la buena semilla, labre la tierra y la ponga en condiciones fructíferas; precisa, y esto es lo más esencial, admitir que «ni el que planta, ni el que riega son algo, sino Dios que da el desarrollo y la conservación de esos frutos».

Esos pedriscos, esas desgracias no son más que azotes con que el Señor castiga las espaldas de tantos que afanándose por lo terreno se olvidan del que todo lo puede.

«Es menester, dice con su cólera el Dios Criador, que no me olvidéis, que os acordéis de quien os lo da. ¿Qué se hizo de mi culto, de mi día, el día de fiesta? Dónde están los labios que honran mi Nombre, dónde los hogares donde yo reinaba. Me abandonastéis y sólo me nombráis para blasfemar de mi nombre; y aquellas ofrendas, primicias de vuestros bienes, que antes me ofrecíais, hoy las dáis á las bestias de vuestras concupiscencias y apetitos nefandos».

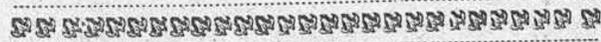
Esto dice el Señor y esto pudiera ser que lo dijera por uno de esos pueblos que hoy se ven en la desgracia, el más

importante y el más dannificado; donde el vicio impera, donde los deberes religiosos no se observan, donde el día de fiesta, en vez de consagrarle á honrar al Señor, se le destina para diversiones y crápulas.

Los hechos atestiguan, hechos que sonrojan, siendo el menor de todos la supresión del aparato y pompa con que se celebraba la festividad del Corpus; pompa y aparato que se trocaron en danzas cuaresmales, danzas prohibidas, bajo los compases del tambor y la dulzaina.

He aquí, tal vez, la causa de las miserias que dichos pueblos experimentan hoy: el olvido de su Dios.

Por eso decimos: ¿será castigo?



Del matrimonio

IX

Elección de los esposos — Influencia del cristianismo en la alianza conyugal.

¿Os proponéis no perdonaros nada? Continuamente estareis en contradicción; de aquí nacen las disputas, de éstas las reconvenciones, y de las reconvenciones, la indiferencia y el odio. Si las leyes del bien parecer y las consideraciones del respeto humano, reprimen los resentimientos en público, con tanta más violencia estallarán cuando, no teniendo testigos, se hallen en libertad. ¿Y no es probable que se procure consolarse en otra parte de las pesadumbres domésticas?

¡Ah! Paraos entonces á lo menos en la orilla del precipicio, y recordad que la infidelidad á empeños contraídos, es un sacrilegio que atenta no solo á los derechos de los esposos, sino también á las costumbres públicas. En vano á fuerza de repetirse, habrá perdido el crimen á los ojos de los hombres una parte de su infamia: en vano el seductor querrá encubrir con su propia ignominia al que ha ultrajado: en vano una odiosa parcialidad condenará á una esposa infiel, al paso que absolverá á su cómplice: no se puede prescribir contra la regia de las costumbres, y la infracción de esta santa ley será siempre digna de la animadversión de los ciudadanos y de la vindicta pública; pero sobre todo, huid del peligro, si quereis preservaros de las caídas y nunca esperéis ser bastante fuertes con los sentimientos del honor, para defenderos contra inclinaciones que os arrastran al precipicio. Dáos prisa á romper aún las relaciones más inocentes apenas empiecen á cautivar vuestro corazón: el amor empieza comúnmente por los homenajes del respeto y las confianzas de la amistad. El sexo más débil es también demasiado vano para resistir fácilmente á la celada; y cuando el amor propio ha obtenido preferencias, sin dificultad perdona los sentimientos que las han inspirado. Nunca debería olvidar una mujer casada, que se ha cesado de estimarla, desde el momento en que se osa decirle que se la ama.

El medio más seguro de precaver las infidelidades, es estrechar los vínculos de la concordia por medio de las atenciones y de las condescendencias de un afecto recíproco, pero subordinadas á las reglas de la decencia; pero es preciso respetarse mutuamente para amarse constantemente. Las complacencias exigen sin duda sacrificios, y el que tenga fuerza para hacerlos, tendrá siempre la ventaja de hacerse estimable y muchas veces de hacerse estimar, pero acaso quedará todavía por hacer lo más difícil, y la prudencia solo debería aconsejarlo; sería menester tener valor para callar. Las quejas á extraños no sirven más que para divulgar el secreto de las familias: los mediadores suelen tener la indiscreción de revelar lo que se les confía, y rara vez unen á los que están divididos. No condenaremos, sin embargo, á la virtud oprimida á gemir eternamente bajo el yugo de hierro: la opresión deba tener un término; y si despues de haber apurado inutilmente todos los recursos de la moderación y de la prudencia para hacerla cesar, no cesa el mal, es lícito, despues de haber tomado buenos pareceres, separarse, con tal que se proceda á la separación con la cordura y la discrección que dejan bajo un velo los desórdenes que la han ocasionado. Muchas veces se cometen faltas verdaderas, por disculparse de faltas imaginarias.



CHARLA

— — —

—¿Qué tal vamos, Manuel, de salud y de cosas?

—¡Ay, Juan, se siente mucho el peso de la cruz; ni la salud en mi casa va bien, ni las cosas tampoco!

—Pues ¿qué te pasa?

—Tengo á mi esposa enferma en la cama y para ayuda de gastos los negocios van muy mal pues mis ingresos mensuales han venido á reducirse á menos de la mitad hace más de medio año. Ayer tuve carta de mi hijo, aquel que se empeñó en marchar para Cuba, perdiendo aquí una buena colocación, diciendome que aquello está tan malo que vuelve á lo que salga ¿y qué va á salir aquí ahora, tan perdido como está todo?...

—¡Bien necesitas de resignación!

—Aun no terminé. Probablemente á mi hermano Justo tengan que hacerle una operación un día de estos y como todos, incluso él, creemos que no salga de ella, tendré que cargarme yo con la viuda y los dos niños. ¿Qué tal?

—¿Quieres que te hable en cristiano puro? ¿Quieres que te diga lo que siento como hombre de fé? Tú eres también hombre de fe, de mucha fe, tú eres de los que creen que el mundo es lugar de miserias y dolores, siendo los más escogidos del Señor los más atormentados, por esto yo te digo ahora: Que sea ahora buena.

—Sí, Juan, sí, todo lo comprendo, pero la prueba la creo superior á mis fuerzas.

—No tal. Dios no da al hombre más

de lo que puede soportar, no es ningún tirano, es Padre bondadosísimo que quiere en sus hijos de la tierra con un poquito más de dolor, que pasa pronto, hacerlos herederos de una felicidad inconcebible y eterna.

—Esa esperanza es la que me anima en mis tribulaciones, más hay días que al ver cómo se juntan contrariedades y contrariedades, sin esperanza de término, pienso si Dios permitirá al demonio que llegue á vencer.

—No, Manuel no hables así. Yo comprendo lo grande de tu desgracia, pero al mismo tiempo me parece que cuanto más grande es ésta, siendo buenos cristianos, más cerca estamos de aquel que vino al mundo á enseñarnos á padecer sin queja. ¿Tenía Cristo por qué padecer sino fuera para nuestra salvación y ejemplo? A quién Cristo pudo querer más que á su Madre Santísima y, dime, quién sufrió en este mundo despues de Jesucristo más que ella? ¿Lo merecía?

—¿Qué había de merecer!

—Lección provechosísima que debemos tener siempre presente para nuestro consuelo y enseñanza de que es preciso sufrir para merecer, y más nosotros, pobres pecadores. ¿Sabes de algún santo, de algún justo que haya llegado á serlo sin pasar antes por la tribulación? Acuérdate de Job. Dios permitió al demonio que le ultrajase en su cuerpo, pero no en su alma, eso para que digas que Dios permite al demonio que nos venza.

—Bien, si, pero duele tanto ver que al mismo tiempo otros que ni se acuerdan de Dios, no tienen de qué quejarse...

—Esto es ya tan antiguo como los hombres, lo que prueba que Dios quiere saldar con esos *favorecidos* sus cuentas acá en la tierra para despues en el terrible día de la cuenta decirles: «Lo poco bueno que hicisteis ya os lo pagué con creces en la tierra, ahora os toca pagar lo que me ultrajasteis.

Por esto no confies mucho, amigo Manuel, en las felicidades de este mundo, muy al contrario, teme si abundas en ellas.

Muy bien exclamaba el Arcediano de Evreux al verse cubierto de la más atroz y pública humillación; «¡Perdón, Señor! ¿Te equivocarias tal vez? ¿Cómo me envías á mí cruces y humillaciones; á mí, que por mis infidelidades merecería que me preparases en tu venganza aplausos y honores! ¡Por el contrario, me tratas como á uno de tus favoritos! Dime, Señor, ¿será verdad que no te equivocas?»

Con esto que te voy diciendo y que es la pura verdad no vayas á entender que cuando viene el mal como ahora por tí, te cruces de brazos y no hagas lo que puedas por remediarlo, no, es obligación nuestra poner los medios licitos que estén á nuestro alcance, pero en lo que no se pueda, conformémonos con la voluntad divina que así lo dispone siempre para nuestro bien temporal y eterno, por que nos ama como á hijos suyos.

El Creador que ve todo lo pasado, lo presente y lo porvenir en las cosas y en los hombres sabe cuándo ha de herir y cuando ha de curar. Entreguémonos, por tanto, como criaturas ignorantes que

somos de sus designios, á su infinita bondad y sabiduría.

—Verdaderamente, Juan, que la Religión tiene grandes consuelos para los que sufren. ¿Quién como ella para hacernos felices en medio de nuestras desgracias?

—Y así y todo, muchos necios la desprecian y se van en busca de la felicidad á la parte opuesta, donde ni existe ni existirá jamás.

—Cuánto me alegro haberte encontrado. Tus palabras acaban de reanimarme mucho.

—Piensa bien en todo ello y no te pesará y que Dios te conceda lo mejor que te convenga.

—Gracias, Juan, gracias, Adios.

—Adios, Manuel. Si en algo puedo serte útil ya sabes.

—Ya sé, ya. Los amigos en las ocasiones se prueban.

—Cierto.

Máximas forestales

Dios ha creado el monte de la nada y ha dispuesto que sus árboles sean respetados por los hombres.

No tales los árboles del monte, que ellos, al embellecerlos, cantan la gloria de los cielos y establecen relaciones entre estos y la tierra.

Ve en los árboles que medran en la ribera de los ríos, y en los que viven en sus cuencas, las causas reguladoras de la corriente de aquéllos.

Los árboles son la alegría del labrador y el consuelo del campesino, que los ama, respeta y venera cuando sabe que dulcifican el clima y regulan las lluvias de la comarca.

Talar los montes y destruir los pájaros es obra de insensatos; respeta los árboles de las calles y paseos y dí por doquier que el árbol es un factor importante de nuestra vida.

Mientras seas niño protege y respeta los árboles; cuando seas joven procura que tus amigos hagan lo mismo, y en todo tiempo enseña al ignorante que las lluvias cesan cuando se tala el monte, que los vientos azotan los cultivos cuando falta el árbol, que la sequía es inevitable cuando el bosque se convierte en una gran calva.

Quando la lluvia caiga con regularidad sobre la tierra, y las semillas que depositas en ella germinen, y las cosechas se sucedan sin interrupción año tras año, mira los montes de tu Patria y verás cuán lozanos se te muestran.

Si el torrente se desborda, y sale de madre el río, y las aguas arrastran la vegetación de sus riberas, piensa en repoblar cuanto antes el cauce del torrente y la cuenca del río, que otra obra artificial que intentes será remedio vano.

¡GATEQUESIS!

CREED LO QUE LA IGLESIA ENSEÑA.— Un abogado y un niño iban de viaje, en un coche público. Al pasar frente á una iglesia el niño se quitó el sombrero.

—Sin duda, amigo, que eres muy devoto, le dijo el abogado.

—Sí, señor, contestó el niño, y me preparo para hacer mi primera comunión.

—¿Qué te enseña tu párroco?

—Ahora me explica los misterios.

—Dime ¿cuáles son estos? Yo he olvidado tales cosas, como te sucederá á tí dentro de pocos años.

—No, señor, jamás olvidaré los misterios de la Santísima Trinidad, de la Encarnación y de la Redención.

—¿Qué es la Trinidad?

—Un solo Dios en tres personas.

—¿Por ventura comprendes eso?

—Tres cosas hay que considerar respecto á los misterios: *saber, creer y comprender*. Yo sé y creo, pero no comprendo, lo cual sólo se conseguirá en el cielo.

—Todo lo que dices son cuentos; yo sólo creo lo que comprendo.

—¡Oh, caballero! Ya que Ud. sólo cree lo que comprende sírvase decirme ¿por qué su dedo se mueve á su antojo, cuando Ud. habla?

—Por que mi voluntad imprime movimiento al nervio que corresponde al dedo.

—Pero ¿cómo se hace eso que su voluntad corresponda al nervio?

—Eso se hace... eso se hace...

—¿Ud. lo comprende?

—¡Oh! sí, lo comprendo.

—Pues, si Ud. lo comprende, tenga la bondad de explicarme ¿por qué puede mover Ud. el dedo y no puede mover una oreja?

El abogado se vió corrido y contestó:

—Eres demasiado pequeño para darme una lección.—*Gridel*.

—¿La Santísima Trinidad y Dios son lo mismo?

—Sí, son una misma cosa.

—¿Cómo sabemos que hay tres personas en Dios?

—Lo sabemos porque Dios mismo lo ha enseñado á los hombres.

—¿Hay algunas imágenes de este misterio?

—Sí, el sol, que es fuego, luz y calor; los tres ángulos de un triángulo; el alma humana con memoria, entendimiento y voluntad; tres luces que alumbran una misma pieza, etc.

Sr. Gerente de la Fábrica de...

Distinguido señor nuestro:

Respondiendo V. al fondillo *De nuestra propaganda* que hemos insertado en el número anterior, nos dice que desearía suscribirse á este periódico por 300 números decenales para los obreros de esa Fábrica, pero que tropieza con el inconveniente que la industria que V. dirige es

de varios socios no todos conformes con el modo de pensar de V. en este asunto.

Como su objeción tiene precedentes, siendo ella para muchos Directores de fábricas el único motivo de abstenerse de esta clase de propaganda, vamos á decir cuatro palabras acerca del caso por si ellas pudieran dar solución al conflicto.

Sin duda ninguna que esos señores á quienes V. alude son de recto criterio, de sentimientos nobles y caritativos para con esos obreros que les ayudan con su trabajo corpora á los buenos resultados del negocio, y, por lo mismo, no mirarán en el trabajador el *hombre-máquina*, sino el hermano acreedor como ellos á un Bien eterno, para el que todos debemos prestarnos ayuda. Pues bien, probado está que hoy el periódico lo llena todo, siendo éste, en especial para la clase obrera, el único *moldeador*, digámoslo así, del hombre honrado y del hombre criminal. *Dime qué lees y te diré quién eres.* Si el periódico á que se aficiona el obrero, (y el que no es obrero) es sectario, inmorale anticatólico, de estas cualidades, á la corta ó la larga participará el lector, produciendo irremisiblemente en su ánimo ideas de odio, de soberbia de destrucción, todo lo contrario de si el periódico es sensato, moral, católico.

Ahora bien, sabido esto, ó mejor, viendo esto así en nuestro estado social ¿podrá ninguno, si en su mano está, que se precie de bueno, ver con indiferencia la lectura de periódicos buenos y malos? ¿No pide toda conciencia honrada el trabajar por la difusión del periódico que cumple con nobleza su misión de enseñar la verdad, declarando guerra á muerte á esos otros que llevan por doquier con el error la ruina? Piénsenlo bien, unos y otros, lo mismo los que miran las cosas bajo el punto de vista de lo espiritual que los que las miran por el lado material. La virtud levanta, edifica, produciendo la paz y la felicidad; el error destruye, hace infelices á los hombres y á los pueblos.

Cierto que existen algunos patronos que por una mal entendida consideración de personas y cosas, no quieren intervenir, mucho ni poco, en estos *enojosos* asuntos, dando al mal los mismos derechos que al bien. ¡Algún día les pesará!

En este caso aquellos números por los que V. se suscriba pueden encargárselos de repartir á determinada persona, fuera de la fábrica cuando sea llegada la hora de la salida de los obreros, como sabemos hacen en otras partes. De no convenir este procedimiento su interés por la buena causa sabrá sugerirle otros.

Siempre atentos de V. afmos. s. s. s.s.

J. é I.

¡Oh, el progreso....!

Oyendo estoy decir á todas horas que «cual flecha del arco disparada, vuela la sociedad arrebatada del progreso en las alas voladoras.»

Y oyendo estoy hacer todos los días tremendas profecías, que vienen á anunciar con voz terrible «el término fatal y tremebundo de este estado social insostenible.»

Y, al compás de entusiásticos acentos con que los hombres el progreso cantan, oigo amenazas, quejas y lamentos que la miseria ó el dolor levantan.

Sentimos y escuchamos opuestos huracanes de tormenta,

y no nos preguntamos ¿es mentira ese mal que se lamenta, ó es mentira el progreso á que volamos?

Al lado de los ricos esplendores del material progreso de la vida, turban la paz con su protesta airada gritos perturbadores, que lanza la ambición mal reprimida, ó lanza acaso la justicia hollada.

Olvídase del pobre y del hambriento quien goza el bienestar de la riqueza el que debe al trabajo su sustento no sufre resignado la pobreza ni el cruel desamor del opulento; y truécase la paz hermosa y tierna en guerra fratricida, que oscurece el camino de la vida y lanza al hombre á perdición eterna.

¿Y aún se puede decir á todas horas que, «cual flecha del arco disparada, vuela la sociedad arrebatada del progreso en las alas voladoras?»

¿Qué necesita el mundo que ¿pesar del progreso con que avanza siente inquietud y malestar profundo y la conquista de la paz no alcanza?

¡Necesita de Dios! Sin esa Egipta que el mundo rige y sin cesar gobierna ¿qué es la luz del progreso? ¿luz mentida! si no nos da la paz en esta vida, ¿qué nos dará para alcanzar la eterna?

¡Y la mente del hombre aún hoy se afana solícita en buscarnos,

de perfección y dichas el camino! ¡maldita sea la soberbia humana, que á un destino «feliz» quiere llevarnos sin que Dios nos señale tal destino!...

¡Esa es la pretensión que nos inspira el progreso fatal de la materia y la humana soberbia que delira! ¿Oh soberbia del hombre! ¿eres miseria! ¿Oh progreso sin Dios! ¿eres mentira!

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.

BIBLIOGRAFIA

De nuevo el Iltrmo Sr. Obispo de Jaca nos ha honrado con expresiva dedicatoria en el ejemplar que ha tenido la atención de enviarnos, titulado:

«**Injusticias del Estado Español**» (Labor parlamentaria de un año) editado magníficamente, como todo lo que sale de la acreditada casa de Barcelona «Gustavo Gili».—Precio del ejemplar 6 pesetas.

* *

Cuantos leían en la prensa de Madrid aquellos hermosos extractos de los discursos del Señor Obispo de Jaca, en el Senado, defendiendo con claro razonamiento y sana lógica (cual cumple á un Prelado,) la razón y la justicia donde quiera que las veía postergadas á miras... particulares, no solo en lo que afectaba al clero, si no que también al ejército, á la marina, á la magistratura etc. etc., defensas que le valieron las simpatías y aplausos hasta de la prensa liberal y que para excarnio del prestigio de la Cámara se vieron recompensadas con el desden más ignominioso por parte de nuestros gobernantes, cuantos leían, decimos, aquellas valientes y razonadas filípicas se decían, «qué lástima no leer los discursos íntegros, qué lástima no tenerlos coleccionados como testimonio perenne de va-

lencia, de lealtad, de nobleza, como un mentis más contra esos que dicen que la Iglesia sólo lo exclusivamente suyo defiende, sin que se cuide de lo mundano aunque esto sea recto y justo.»

Estos que así hablaban entonces pueden ya satisfacer sus anhelos; nosotros hemos leído todo el libro con sumo deleite; conviene que lo lean muchísimos, y que se instruyan en lo que es de razón y justicia, dejándose de pensar por cuenta de cuatro papeles atentos más al *negocio de bandera* que al cumplimiento de la noble misión de la prensa ó del ineludible deber del gobernante.

Agradecemos en extremo la deferencia que con nosotros ha tenido el distinguido escritor católico, redactor de la «Revista Católica de Cuestiones Sociales», D. León Leal Ramos, regalándonos un ejemplar de su importante librito «El Contrato del Trabajo».

Hemos recibido la visita del Boletín mensual de cooperación y mutualismo que se publica en Zaragoza, titulado «Cooperación» con el que desde luego dejamos establecido el cambio.

Agradecemos á los PP. Franciscanos de Almansa, el artístico recordatorio que nos han enviado, con motivo del 7.º centenario de la fundación de su Orden.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

S. D. A. G.—Madrid.—Tenemos colecciones de «El Amigo del Pobre» años 1906-7 y 8 á 2 pesetas colección.

Sr. D. G. O.—Santurce.—Pagó hasta fin de Mayo de 1910.

Sr. D. R. S. M.—Barcelona.—La suscripción de los 200 números decenales para esa fábrica, le cuestan 10 ptas. al mes, sin más gastos.

C. C.—Oviedo.—Pagado hasta fin de Junio de 1909.

EL AMIGO DEL POBRE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Por aos reales al mes, se reciben 10 números cada diez días.

Por cada peseta de suscripción mensual, 26 números cada decena.

Incluidos gastos de correo, sin certificaf.

OBSERVACIONES

Los encargos y suscripciones de la localidad, en esta imprenta, Cabrales, 1 y en el comercio «La Época» San Bernardo, 38 y 40.

La correspondencia de provincias al Director de «El Amigo del Pobre», Gijón.

Los pagos de fuera de la localidad, que han de ser adelantados, pueden hacerse en letra del Giro Mútuo ó en sellos de 0'15 de peseta y de 0,25.

Gijón.—Tip. «Popular», Riera y González